

LOS VERDUGOS DEL MAR Y DEL DESIERTO

LA POLÍTICA DEL GOBIERNO ITALIANO EN LIBIA

Lo que está ocurriendo frente a las costas y dentro del territorio libio es ciertamente representativo de los tiempos despreciables en los que vivimos.

Bajo el infame pretexto de la "lucha contra los traficantes de seres humanos", el Estado italiano financia a manos llenas a los señores de la guerra, guardias y milicias (a lo que torpemente denomina "gobierno libio") para ejecutar el control e internamiento masivo de las personas pobres y marginadas que huyen de sus territorios. Patrullas y deportaciones en las costas mediterráneas, detención en campos de concentración libios de unas seiscientas mil personas, construcción de un muro en el desierto a lo largo de la frontera con Níger, Chad y Mali. Las mismas milicias que se han estado enriqueciendo durante meses con viajes de desesperación reciben ahora dinero para impedirles el paso. Son las mismas milicias en las que Eni delega la defensa armada de sus pozos. En los treinta y cuatro campos de concentración se practican a diario actos de tortura, violencia y violaciones. Lo importante es que "la mercancía humana" no requerida no vaya a perturbar los sueños de orden y seguridad de Italia y Europa. El resto no es asunto nuestro, ¿verdad? Además, ¿no se han hecho los mismos acuerdos con la Turquía de Erdogan?

CÓMO NACE UNA GUERRA

"Los grandes actores de la industria petrolera salivan para recuperar sus antiguas concesiones y para nuevos robos, tanto más cuanto que su producción de petróleo está en declive. Las grandes cuencas petrolíferas de Ghadames y Sirte, en gran medida vedadas a las compañías petrolíferas extranjeras desde que el coronel Gadafi llegó al poder hace 42 años, resultan especialmente atractivas. Y también lo son los yacimientos petrolíferos libios en alta mar"

La "reconstrucción" que los demócratas anuncian ahora en Libia a cambio de muros antiinmigración es una continuación de lo que empezaron sus bombas. Los distintos señores libios utilizan el arma de los inmigrantes, a los que hay que dejar irse, para competir por el dinero y la legitimidad internacional. Lo que cada poder reconoce como "gobierno" no es más que la banda de asesinos más despiadada y confiable.

Del mismo modo que la participación en la guerra fue impulsada en su momento por el izquierdista Napolitano, es un policía del Partido Demócrata como Minniti quien se pavonea hoy de reducir los desembarcos. Mientras tanto, Eni ha abierto nueve yacimientos petrolíferos más en aproximadamente treinta mil kilómetros cuadrados de territorio libio que domina.

Otras empresas italianas están listas, con armas y bagajes. Militarizan ciudades en nombre del llamado "antiterrorismo" y luego pagan a las milicias yihadistas libias para sus propios intereses. Hablan de 'derechos democráticos', pero el único 'derecho' que tienen millones de personas pobres y marginadas es a morir. Ya no se habla de "razas inferiores", pero el resultado es igual.

Mientras nuestros semejantes se hunden en el terror, atacar a los señores de la explotación y la guerra es la única manera de no hundirse en la indiferencia inhumana.

Colonias y Petróleo

El descubrimiento y la explotación de los enormes yacimientos petrolíferos de Libia se remontan a 1959, cuando Libia estaba bajo la influencia británica. De hecho, Italia había perdido su primera colonia giolittica y luego fascista durante la Segunda Guerra Mundial. Debido a la ayuda prestada a las tropas británicas, Libia obtuvo la independencia en 1951.

Las empresas extranjeras, entre ellas Eni, compitieron por repartirse los recursos de Libia, alentadas por el entonces rey Idris I. Estados Unidos poseía una importante base militar, Wheelus Field, que a menos de siete kilómetros de la capital albergaba a 12.000 soldados estadounidenses y a sus familias.

En 1969, un golpe de Estado, dirigido por unos jóvenes oficiales inspirados en las opciones políticas del vecino Egipto de Nasser, derribó la monarquía y el poder pasó a manos del Comando Revolucionario, dirigido por un Consejo encabezado por el coronel Muhammar Gaddafi. Se rompieron los tratados comerciales y se evacuaron las bases británicas y estadounidenses; se nacionalizaron las compañías petroleras, incluidas BP Exploration y Bunker Hunt. Se expropiaron los bienes de los italianos que vivían en Libia. Eni y FIAT, con las que el gobierno de Trípoli mantenía una relación privilegiada, se salvaron de la confiscación.

A lo largo de los años, se estipularon varias concesiones para la extracción de petróleo en el territorio, pero los inmensos yacimientos petrolíferos en alta mar, las "joyas de la corona" como las llamó el "Wall Street Journal", siguieron siendo exclusivos de la empresa estatal. A lo largo de los años, Libia mantuvo una política de defensa de los precios del petróleo y de limitación de las cuotas de producción, lo que le valió el apelativo de "miembro intransigente" de la Opec. Las revisiones de los contratos en 2007 y 2009 contenían "los términos más estrictos del mundo" (según el presidente de Conoco, Philips) y la renegociación de los términos de las concesiones llevó a la expiración de los intereses justo antes de la guerra de algunas de las mayores empresas del mundo, como Total, Chevron, BG Group y la australiana Petroleum Ltd. Libia posee el 38% del petróleo del continente africano, equivalente al 11% del consumo europeo.

Economía y Control, control es economía

La renegociación de los contratos no fue el único motivo de fricción entre Trípoli y las potencias occidentales. La Libia había financiado, en 2010, la puesta en órbita del primer satélite de telecomunicaciones de RASCOM (Regional African Communications Organization), que permite a los países

africanos independizarse de las redes de satélites estadounidenses y europeas, causando a estas últimas pérdidas anuales de unos 400 millones de dólares.

Además de esto, en 2011 estaba previsto destinar 30000 millones de dólares (procedentes de los depósitos de inversión en los bancos europeos de los fondos libios) para financiar tres importantes proyectos destinados a la construcción de la Confederación Africana: la creación del Banco Africano de Inversiones, del Fondo Monetario Africano en Camerún, y del Banco Central Africano en Nigeria, todos ellos cruciales para la emancipación del control económico extranjero.

El Fondo Monetario Africano reemplazaría totalmente las actividades en el territorio africano del Fondo Monetario Internacional, mientras que el Banco Central Africano está destinado a emitir su propia moneda, decretando así el fin del Franco CFA, la moneda utilizada por 14 países africanos que fueron colonias francesas y con la que Francia mantiene el control. Enmarcando estas problemáticas se hace mucho más evidente el porqué de tanto odio hacia Libia por parte de Francia: por una parte, la amenaza de un África francesa independiente y, por otra, el espejismo del petróleo para Total.

"Si no pueden desplegar tropas más allá de sus fronteras, entonces no podrán ejercer influencia a nivel internacional, y por lo tanto este vacío será llenado por potencias emergentes que no necesariamente comparten sus valores y su manera de pensar" (Anders Fogh Rasmussen, Secretario General de la OTAN, 24 de agosto de 2011).

El crecimiento económico y político de China desequilibra un orden monopolístico que los Estados Unidos querían mantener a su favor. Al comprar materias primas a mejores precios, ofreciendo créditos más baratos, China ofrece una alternativa a la dependencia de Washington, Londres y París. Pero la falta de medios de presión financiera se puede compensar con la fuerza militar. El control del área mediterránea y del territorio libio es una parte del proyecto más amplio que afecta al Continente africano, Oriente Medio y el Océano Índico. Lo que el secretario quiso decir es que la OTAN no debe ser una organización de defensa mutua, sino un instrumento de competencia.

La propaganda es la realidad

El 14 de enero de 2011, el presidente tunecino Ben Ali, en el poder desde 1987, fue destituido de su cargo tras un amplio levantamiento popular. Después le tocó el turno a Mubarak en Egipto, y los levantamientos se extendieron a Jordania, Yemen, Argelia, Libia, Siria, Omán, Bahrein y Qatar. Un silencio impenetrable cayó sobre los motivos y la gestión de

estas situaciones en los países aliados y socios económicos de las potencias occidentales. Pero en el caso sirio y, sobre todo, en el libio, donde volvía a estallar una tensión histórica entre Cirenaica (la zona petrolífera más rica del país y con mayor concentración de población), Tripolitania y Fezzan, los medios de comunicación de Francia, Estados Unidos y el Reino Unido se volcaron inmediatamente en ello. En los meses anteriores, los "líderes" de lo que se convertiría en el levantamiento libio -Nouri Mesmari, Faraj Charrant, All Ounes Mansouri, Khalifa Haftar- habían encontrado asilo y apoyo financiero en Francia y EE.UU.

Gran parte del flujo de información sobre lo que ocurría en Libia estaba en manos de la cadena de televisión propiedad de la familia real qatarí, Al-Jazeera. La monarquía absoluta qatarí, presentada como aliada y amiga de las potencias democráticas, también fue elogiada por la prensa occidental por su apoyo a los rebeldes libios a los que proporcionó armas, aviones, entrenamiento, reconocimiento diplomático e instrumentos de propaganda. Al-Jazeera manipuló repetidamente los hechos y las imágenes, llegando incluso a inventar y escenificar batallas y masacres.

Francia presionó inmediatamente a favor de una intervención armada, respaldada por la administración de Obama. Los demás gobiernos europeos y los miembros de la OTAN no tardaron en declararse dispuestos a llevar a cabo operaciones militares para frenar lo que se denominó una guerra civil contra Gadafi, que de pronto se había convertido en un dictador sanguinario indefendible. El bombardeo fue tan masivo que en pocos días Gran Bretaña y Francia agotaron sus municiones en el Mediterráneo.

Una vez asesinado Gadafi, los gobiernos europeos esperaban primero controlar su botín maniobrando con el Consejo Insurgente, al que reconocieron a toda prisa. Pero del caos surgieron actores que no eran del todo controlables, especialmente aquellos dispuestos a venderse al mejor postor. Las potencias europeas empezaron inmediatamente a competir para comprar el apoyo de las tribus y las milicias.

Libia es un botín de 130.000 millones de dólares que debe volver al mercado. Posiblemente acompañado de un sistema de seguridad regional que convierta a Francia en la guardiana del Sahel en Fezzan, a Gran Bretaña en la de Cirenaica y a Italia, que se unió precipitadamente a la guerra, en la de Tripolitania. Estados Unidos, pagado por la congelación de los 30.000 millones de fondos libios, se queda con la supervisión estratégica de una zona fundamental para el control del continente.



EXTERNALIZACIÓN DE FRONTERAS

En el contexto del Mediterráneo, Libia constituye el último paso de una de las rutas migratorias más utilizadas en los últimos años de sur a norte para ingresar a Europa. Las dos rutas principales que toman los procedentes de la zona subsahariana pasan por Níger y Argelia y convergen después en la costa de Trípoli, y han observado una intensificación del paso de personas desde que la ruta de los Balcanes se hizo intransitable (especialmente después de los acuerdos entre la UE y Turquía del año pasado y el férreo control de las fronteras por parte de países de Europa del Este como Hungría). Se trata ahora de rutas "históricas" y consolidadas, recorridas por flujos extremadamente heterogéneos en cuanto a origen, edad, sexo y motivos de salida. Su largo y complicado viaje está experimentando ahora un cambio importante, debido en gran parte a las recientes políticas del gobierno italiano. Éste parece firmemente decidido, por un lado, a detener los desembarcos en sus costas (principal acceso meridional a Europa) y, por otro, a estabilizar sus relaciones comerciales con Libia.

Siguiendo esta línea, la estrategia italiana (llevada a cabo personalmente por el ministro Minniti) se articula en varios niveles. El objetivo de externalizar sus fronteras se expresa a través de los dos puntos principales del "Memorándum de Entendimiento" (firmado en abril con el gobierno de al-Serraj), en primer lugar el apoyo técnico y tecnológico a la Guardia Costera libia y en segundo, el cierre de la frontera sur mediante la construcción de un muro. Pero los interlocutores de Libia son diferentes y reflejan la compleja y fragmentada situación interna del país. Al diálogo establecido con el gobierno de al-Serraj, lejos de definirse como el principal referente institucional de Libia, le han seguido otras reuniones, como la mantenida con los representantes de las tribus de Fezzan y con los alcaldes de las ciudades del sur. Además, los recientes movimientos de distensión hacia el presidente egipcio El-Sisi parecen funcionar para establecer contactos con el general Haftar, homólogo oriental del gobierno de Serraj. En este sentido, la situación evoluciona constantemente y no es fácil predecir qué nuevos escenarios tendrán lugar en los próximos meses.

En virtud de esta inestabilidad, comprender a qué autoridades se refiere realmente el texto del memorándum de abril se convierte en una tarea difícil. ¿Qué territorios controla realmente al-Serraj? ¿Con quién tendrá que hablar Italia para conseguir un bloqueo real de las salidas, si no es con esas milicias armadas, algunas de ellas abiertamente yihadistas que gobiernan amplias zonas de Libia, y con las que, según algunas fuentes, el gobierno italiano ya está llegando a acuerdos en secreto?

Estas incertidumbres pueden ser tranquilamente ig-

noradas ante la posibilidad de cerrar las fronteras trasladándolas cientos de kilómetros más lejos: hacia la costa libia, donde los traficantes que antes ganaban dinero con los viajes ahora pueden beneficiarse al obstaculizarlos, obligando a miles de personas desplazadas a entrar en una prisión cuyas fronteras se diluyen en el horizonte. Incluso la polémica creada en los últimos meses contra las ONG dedicadas a operaciones de rescate parece, a la luz de estas cuestiones, haber contribuido a eliminar del marco mediterráneo a actores indeseables para Italia. Si bien el enfoque de estas organizaciones en relación con las cuestiones migratorias siempre ha sido compatible con el marco institucional, definir repentinamente a quienes trabajan en el rescate de seres humanos como "taxistas del mar" o peligrosos "extremistas del humanitarismo" ha sido una enorme campaña de desprestigio mediática destinada a limpiar el mar de aquellos actores que pudieran obstaculizar la nueva política fronteriza del Estado italiano. Por otra parte, este último también se ha comprometido a "ajustar y financiar" los "centros de acogida" en territorio libio, pero llamar centros de acogida a los campos de concentración de los que está tapizada Libia no es más que un ejercicio neolingüístico orwelliano.

Los "Centros de Acogida"

Se sabe que existen 34 campos de detención para inmigrantes irregulares en territorio libio. Oficialmente están bajo el control de Trípoli, aunque en realidad el gobierno de al-Serraj controla 24 de ellos: el resto está en manos de autoridades locales sin especificar. Las personas encarceladas en estos campos -debido a la ambigüedad en las leyes y a la fragmentada situación política interna- son consideradas, sin distinción, inmigrantes ilegales, a quienes se les imponen multas, trabajos forzados, deportaciones y detenciones arbitrarias. Diversas y numerosas fuentes informan cómo algunas bandas de traficantes exigen rescates con montos sumamente elevados a las familias de las personas migrantes para poner fin a su detención.

Las condiciones de vida en los campos han sido descritas por muchas personas como aberrantes: decenas de seres humanos hacinados en espacios reducidos, sucios, sin luz ni ventilación. La ausencia de asistencia sanitaria y jurídica, la escasez de alimentos, agua y medicinas son una constante en estos lugares. Además, la violencia, las violaciones y los malos tratos están a la orden del día: los testimonios recogidos en los últimos años hablan de palizas diarias, quemaduras, descargas eléctricas y "tortura de suspensión" (que consiste en colgar al recluso por los brazos o las piernas durante mucho tiempo).

"Nos llevaron a una prisión cerca de Trípoli llamada Mitiga. Me golpeaban todos los días, me torturaban

mientras llamaban por teléfono a mis familiares para convencerles de que pagaran un rescate. Me ataban las piernas y me colgaban boca abajo y luego me golpeaban con fuerza bajo los pies. A veces me echaban agua helada y luego me golpeaban por todo el cuerpo con tubos de plástico duro. Una vez un árabe me cortó con un cuchillo en la mano. He visto cómo mataban a mucha gente sin razón, a veces sólo por diversión". (I. 20 años, de Costa de Marfil).

¿Es posible, ante tal situación, proponer un "ajuste y financiación" de los centros de detención? ¿Se puede hacer el infierno más hospitalario? Expresar un deseo genérico de cambio mientras se firman acuerdos comerciales con los infames torturadores y se saca provecho de los propios intereses nacionales es, sin duda, un símbolo de hipocresía descarada y asesina.



EL ESTADO Y LAS INDUSTRIAS ITALIANAS EN LA CÁRCEL LIBIA

El 7 de octubre de 2009, Finmeccanica -a través del entonces Selex Sistemi Integrati- firmó un acuerdo por valor de 300 millones de euros con el Comité General Popular para la Seguridad General de Libia que preveía la ejecución de un proyecto para llevar a cabo la vigilancia electrónica de las fronteras libias. Tras el paro de 2011, Minniti, el ministro del Interior, quien redefinió un plan de control. Financiado en parte por el "gigante de la guerra" Leonardo (antiguamente Finmeccanica) y en parte por la Unión Europea, el proyecto de este muro de la vergüenza ya está listo. Durante el último año del gobierno de Gaddafi se habían identificado los lugares donde se colocarían las redes, cámaras, sensores y drones. El muro no sólo será construido y asegurado por los mortífagos de Leonardo, que también se encargarán de formar a quienes operen y mantengan el muro, sino que la seguridad fronteriza será administrada por los carabinieri (la policía militar italiana). La presencia de los carabinieri en Libia, justificada primero por el entrenamiento de las milicias contra el "peligro yihadista", luego por el control del "tráfico de seres humanos", nos muestra, evidentemente, otra realidad: el Estado y las industrias italianas -entrando a saco con otras potencias mundiales- están perfeccionando en Libia una cárcel al aire libre de la que se busca extraer el máximo de riquezas. Entre los aplausos de los más indiferentes y lejos de los ojos de quienes no ven más que el éxodo de los viajes de la desesperación, se está haciendo realidad la política colonialista de Italia: defender los intereses millonarios de industrias como Leonardo y Eni, y cosechar así los beneficios del arreglo entre Estado y Capital (no olvidemos que el principal accionista de Leonardo es el Ministerio italiano de Economía y Finanzas).

Los militares italianos estarán en primera línea en una misión que tendrá su base de operaciones en una zona desértica de la frontera con Níger. Italia y la Unión Europea financiarán, con 200 millones de euros, una serie de proyectos - 12 de ellos en doce municipios diferentes - cuya finalidad es la de mantener el control sobre el tráfico de seres humanos negociando con los líderes de las tribus libias Tebu, Suleiman y Tuareg. Tales actos, lo cuales se han presentado como maniobras de "interés común", no son más que operaciones para hacer de las tribus un punto neurálgico en el control coordinado de las fronteras con Níger, Chad y Malí, con el fin de convertir a sus habitantes en policías -los zaptíe de hoy- y poder tener un control directo sobre sus propios intereses. Así es como se hacen los negocios, uniendo a las industrias de la guerra, las compañías petroleras y las maniobras gubernamentales. De hecho, quienes hacen negocios en Libia,

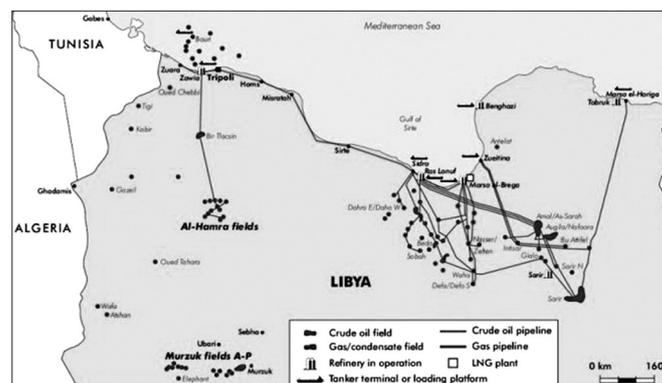
Eni in primis, verían cómo el valor de sus ganancias se triplicaría como mínimo si se lograra la pacificación de esas zonas. Las maniobras coordinadas de los Estados europeos, entre tanto, parecen estar encaminadas a estabilizar las zonas "calientes" (los proyectos incluyen el relanzamiento del turismo, las comunicaciones, etc.) creando una pacificación, impuesta con los militares, que potenciaría la economía de un hipotético Estado libio.

Son las potencias del mundo las que tienen en jaque a Libia: donde crece la presencia occidental, penetra incluso China con un colosal plan de inversión en Cirenaica para la exportación de energía solar, acompañado del mismo juego económico de construcción de nuevas infraestructuras. Completamente invadida por viejos y nuevos colonizadores, Libia se encuentra en medio de las relaciones de amistad-enemistad de los distintos Estados: el común acuerdo en la "conquista" de la zona por un lado -desde el bombardeo hasta la ocupación- para facilitar su estabilización, y por otro, los conflictos de intereses sobre el reparto y la defensa de las zonas de influencia. Tras el despreciable disfraz democrático de "ayudémosles en casa", empresas de toda Europa (y del mundo capitalistamente avanzado) compiten por la reconstrucción de lo destruido por los bombardeos de 2011. El consorcio empresarial italiano Aeneas -compuesto por las empresas Mazzitelli, Two Seven, Escape y Lion- reconstruirá, con un contrato de 79 millones de euros, el nuevo aeropuerto de Trípoli, bombardeado y destruido en 2014, suponiendo que los competidores franceses no "ganen". El grupo milanés Axitea Spa, empresa especializada en vigilancia y ciberseguridad, se encargará probablemente de la vigilancia del aeropuerto, todo ello por un contrato de 7 millones de euros. Las "políticas de seguridad" europeas en Libia no son más que un gran negocio para los industriales; en la militarización como en el control de flujos, la guerra y la economía no son más que dos caras de la misma moneda.

Tecnología militar e intereses estatales

Si se pudiera afirmar con certeza que la tecnología y la investigación están hoy en día tan estrechamente ligadas a la guerra como siempre, lo que está ocurriendo en Libia es un ejemplo sorprendente de ello, y muestra cómo son cualquier cosa menos un "interés común" tal y como se presentan en los proyectos europeos de desarrollo. Un ejemplo más que puede dejar en claro cómo estas tecnologías no pueden separarse de quién y por qué decide desarrollarlas. Su finalidad es hacer más eficaz la guerra, por lo que es inútil creer que se les puede dar un "buen" uso. Hasta 2011, Italia y Francia compartían imágenes de satélite del Pléiades (un satélite militar francés), imágenes que eran cruciales para decidir qué objetivos bom-

bardear. Los dos Estados, cada uno protegiendo sus prioridades, discrepaban a menudo, y los militares italianos tuvieron que renunciar a esas tomas. Esta es una de las razones que llevaron a Italia a dotarse de un nuevo satélite militar: el Optsat 3000 -construido en Israel- mucho más eficaz que sus predecesores (su visor óptico puede captar detalles de 38 centímetros en cualquier continente). Como es obvio imaginar, este tipo de tecnologías no sólo se han utilizado para los bombardeos y la estrategia militar, sino también para controlar las fronteras y todo el territorio libio. Cuando se trata de averiguar el paradero de un barco que se hunde repleto de personas pobres (¿recuerdan, por ejemplo, el barco que naufragó cerca de Lampedusa en otoño de 2013, en el que se ahogaron al menos 268 personas?) los defensores del "interés común" parecen olvidar que pueden utilizar sus modernos satélites para realizar esas búsquedas. En este sentido, las despreciables interceptaciones telefónicas entre las oficinas de la Guardia Costera italiana y Malta están a disposición del público. Además, estas tecnologías siempre han permitido a los Estados europeos saber quién trafica con seres humanos, quién los encierra, quién los mata. Pero, evidentemente, ni siquiera esto es de "interés común" mientras no sea interesante para los negocios de los Estados y empresas que ocupan esos territorios. Más bien, parece un lugar donde la gente está dispuesta a cometer las peores atrocidades con tal de hacerse de un "banquete" propio de ganancias y beneficios. El verdadero objetivo es experimentar con los nuevos desarrollos tecnológicos, como construir un aeropuerto inteligente que se parezca a un rincón del mundo tecnológicamente avanzado en un país totalmente destruido. Este es el verdadero interés que está en juego en Libia, el de quienes tienen buenas razones para bombardear ciudades enteras, eliminando toda molestia a sus intereses económicos, e igualmente buenas razones para dejar morir a quienes intentan escapar de esos bombardeos.



El mapa representa la distribución de los yacimientos petrolíferos.

CÓMO NACE UN ESTADO

Observando lo que ocurre en Libia, no sólo se puede comprender el juego de las potencias occidentales para redibujar sus zonas de influencia (para unos está en juego sobre todo el gas y el petróleo, para otros el control estratégico del Mediterráneo, y para algunos más el mercado inmobiliario y la construcción de grandes infraestructuras), sino que se puede captar algo más profundo: cómo nace un Estado.

En el caos que siguió a los atentados de 2011, para apoderarse de los fondos soberanos y de los recursos naturales de Libia, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña e Italia empezaron a reconocer a tal o cual clan como "gobierno legítimo" en función de su fiabilidad para garantizar y asegurar determinados intereses. Así, un autoproclamado Consejo General de los insurgentes recibió la bendición inmediata de ciertos Estados, mientras que fuera de Libia ciertos "líderes de la revolución" preparaban su regreso a casa con el apoyo de los servicios secretos y las multinacionales occidentales, a cambio de maniobras y alianzas que luego se produjeron puntualmente. Si no fuera trágico, resultaría simple y sencillamente grotesco cómo los señores de la guerra, milicias, traficantes de hombres y combustible, guardacostas y guardias armados de pozos y refinerías se convierten en un "gobierno" con el que tratar, a quien ofrecen dinero y medios a cambio de "servicios" (desde la protección de gasoductos hasta la gestión de campos de concentración). Pero en el espeso manto de mentiras (la más desvergonzada y cínica es sin duda aquella según la cual la intervención en Libia se dirige contra los "traficantes de seres humanos") emerge una verdad difícil de hallar en los libros de historia: los gobiernos nacen así. Son las bandas más despiadadas las que, a menudo aprovechándose de los acontecimientos catastróficos, se imponen en un territorio a través del uso de las armas y la violencia. Pero esto por sí solo no basta, o más bien no dura. Un poder consigue institucionalizarse asegurando a sus cómplices, pero también a un segmento más amplio de la población, determinados servicios, es decir, la satisfacción de las necesidades materiales, apoderándose de infraestructuras fundamentales y haciendo que sus subordinados dependan de su gestión. El salario que proporcionan las milicias a sus miembros se convierte en algunos casos en el único ingreso de las familias y las comunidades. Cuando triunfa el canibalismo económico, para el que las guerras preparan el material humano más adecuado, el bienestar puede proporcionarse mediante las actividades más despreciables: tráfico de seres humanos, explotación de la prostitución, secuestro de pobres diablos para pedir rescate, trabajos forzados en los campos, servicios mercenarios para tal o cual potentado extranjero. Si la banda de ladrones y asesinos consigue conquistar un

territorio lo suficientemente grande y asegurarse su control con una mezcla de brutalidad, paternalismo y chantaje material, puede convertirse en gobierno. Si los Estados más poderosos la reconocen y amplía su área de influencia económica, comercial y militar, con el tiempo puede limpiarse la cara y construir su propio mito fundacional: mártires, batallas, ejemplos de prodigalidad y heroísmo, liberación del perverso y nefando poder anterior. Los procesos más refinados conducen a constituciones formales con sus principios universales. En este caso, según una astucia recurrente de la historia, las mejoras que los subordinados arrancan a lo largo del tiempo con durísimas luchas se presentan como concesiones, ya previstas en el ordenamiento, como prueba de la bondad y la justicia que el gobierno poseía desde sus orígenes. Después de transcurrir un periodo suficientemente largo desde las primeras masacres (como la de los nativos en Estados Unidos, por ejemplo), se vende la ilusión de que el Estado está fundado en el consenso, como si hubiera nacido de un examen razonable y sereno de sus costes y beneficios (un contrato, de hecho).

Podría argumentarse que la historia de los Estados coloniales es diferente de la de las democracias occidentales, pero no es así. Incluso Estados Unidos nació como una antigua colonia británica, al igual que el Estado de Israel. El propio gobierno italiano fue durante mucho tiempo una cuerda de la que otros imperios tiraban cada uno por su lado: que sus fronteras se convirtieran en lo que son y que eligiera el toscano en lugar del siciliano como su "lengua nacional" dependió únicamente de las fuerzas en juego. El hecho de que las fuerzas locales, regionales o internacionales se mezclen en la brutalidad fundadora de un Estado está ligado a varios factores: en primer lugar, al rol que una zona geográfica determinada desempeña en la división estatal y capitalista del trabajo a escala mundial. En este sentido, la diferencia -y ciertamente no es poca para quienes lo experimentan en primera persona- es que se permiten prácticas de segregación y tortura contra los pueblos coloniales que las democracias modernas no pueden llevar a cabo dentro de sus fronteras. El luchador anticolonialista Aimé Césaire no se equivocaba cuando escribía que lo que la burguesía blanca nunca ha perdonado al nazismo es que haya hecho en Europa lo que normalmente siempre ha hecho a los pueblos negros. Pero en los siglos XVII y XVIII -es decir, cuando se estaban sentando las bases del capitalismo, primero inglés y luego internacional- entre los pueblos coloniales se encontraban los irlandeses, deportados en masa a las plantaciones del Nuevo Mundo. Por no hablar de las diversas oleadas de caza de brujas con las que se masacraba a las mujeres no sumisas en el centro de Europa, precursoras de la caza de brujas de comunidades rebeldes en-

teras. La introducción de la detención administrativa de inmigrantes en casi todas las democracias en los últimos veinte años es un claro ejemplo de cómo ciertos dispositivos típicamente coloniales pueden resurgir y tocar a nuestras puertas.

Por otra parte, para interrumpir la cantinela periodística sobre el consentimiento de los ciudadanos como figura con la que distinguir las democracias de los gobiernos "ilegítimos" (con los que se sigue haciendo negocios de todos modos), bastarían los 17.000 policías enviados por el gobierno de Madrid a las ciudades y pueblos catalanes para impedir el referéndum consultivo sobre la independencia de Cataluña. El Estado-nación es cualquier cosa menos una antigüedad histórica en la era del neoliberalismo, como afirman ciertos sociólogos y politólogos a través de sus vacilaciones eruditas.

Si existiera un contrato en la base del Estado, millones de súbditos deberían tener aún el "derecho", quizás no a disolverlo, pero sí al menos a renegociar sus cláusulas, ¿o no?

Un territorio dividido entre tres gobiernos federales -esta es la nueva constitución política en la que trabajan los diferentes poderes en Libia-, se llama *realpolitik* en la costa sur del Mediterráneo, subversión en la costa norte. Consenso, ¿qué es esto?

El retorno de la vía fuerte en cada vez más partes del mundo -incluso en el corazón del capitalismo avanza-

do- indica que los límites entre una forma de gobierno y otra nunca son fijos, sino que están sujetos a un complejo juego de fuerzas que nada tiene que ver con supuestos principios constitutivos. El hecho de que sean milicianos yihadistas los que defienden los pozos de Eni en Libia -los mismos milicianos que antes se enriquecían organizando los viajes de la desesperación y ahora gestionan los campos de concentración en los que internan a las personas desesperadas que intentan huir- contra cuya amenaza se militarizan las ciudades italianas es un claro ejemplo de cómo el poder se impone a través de cualquier medio que se considere necesario. No nos engañemos pensando que las salpicaduras del fango nunca nos alcanzarán.



Eni. Esta banda armada

Eni es una compañía petrolera italiana que se fundó en 1953 bajo control estatal y posteriormente pasó a ser privada. En la actualidad es la mayor empresa italiana por volumen de negocios y el sexto productor mundial de petróleo. Sus proyectos de devastación y muerte afectan a territorios lejanos (como el delta del Níger) y cercanos (Snam, que antes formaba parte del grupo Eni y ahora es una empresa legalmente constituida que participa en la construcción del gasoducto TAP, cuya terminal está prevista en Apulia). Su presencia en Libia se remonta a 1959. El golpe de Estado de los llamados generales libres (incluido Gadafi) contó con el apoyo de los servicios secretos italianos. El *quid pro quo* (algo a cambio de algo) llegó poco después, con la concesión por parte del nuevo gobierno al perro de seis patas de parte del Sáhara Oriental. Desde entonces, el territorio a disposición de la petrolera ha crecido exponencialmente: hoy Eni controla una superficie de 26.635 kilómetros cuadrados, con una producción de más de 350.000 barriles diarios de petróleo. Es una de las pocas empresas que ha "sobrevivido" a las revueltas libias de 2011 y actualmente es el único exportador de gas y petróleo en la zona tripolitana, gracias a diversos acuerdos con las milicias locales, que, a cambio de dinero, proporcionan protección armada a los pozos petrolíferos. Por ejemplo, es bien conocido el acuerdo entre Mellitah Oil and Gas (una empresa conjunta de Eni y NOC, la compañía petrolera libia) y la milicia dirigida por al Dabbashi. Esta banda armada es la mayor de Sabrata y se dedica al contrabando de armas, petróleo y tráfico de personas. Eni también está a la vanguardia entre las empresas europeas en lo que se refiere a la exportación de gas, ya que es propietaria en un 75 % del gasoducto más largo del Mediterráneo, el GreenStream, que va desde Wafa, en la frontera entre Libia y Argelia, hasta Gela, en Sicilia. Con sus 520 km, el GreenStream tiene una capacidad de unos 11.000 millones de metros cúbicos de gas al año, 8 de los cuales llegan a Italia, mientras que el resto se destina a la conservación de las centrales eléctricas libias. La importancia de Eni en Libia se patentó a partir de que el tercer personaje que se reunió con al-Serraj fue Claudio Descalzi, consejero delegado de Eni, después de Gentiloni y Minniti. Al parecer, Descalzi tenía cierta urgencia por reunirse tanto con al-Serraj como con Mustafa Sanalla, líder de la principal compañía petrolera libia, tras la reunión organizada por el presidente francés Macron entre al-Serraj y Khalifa Haftar, su principal oponente. Como puede ver, los gobiernos van y vienen. Eni permanece.